

Encuentro

La misa de gallos había terminado, restaba como todos los años sentarse alrededor de la mesa familiar y compartir la navidad con mis padres y hermanos. Se preparaba especialmente un cerdo para la ocasión, se acompañaba con vino casero, una ensalada de frutas y se remataba con confites de almendras, castañas de cajú, turrón de mazapán, un panetón con frutas secas. Si no hubiese sido por las lágrimas de mi madre se diría que fueron fiestas perfectas. Pero no ocurría así. Una silla vacía siempre estaba recordando a Pepe, a mi hermano, que no estaba.

Guardé fresco el recuerdo de aquel veinticinco de marzo de 1925, donde estábamos reunidos en casa para despedirme porque en un par de días me embarcaría a la Argentina. Ya tenía en mano el permiso notarial autorizándome a embarcarme con diecisiete años. No faltó nadie, estaba la abuela con su silueta corva y la pena escondida, mi padre que descuidó por unas horas su oficio de brasero, mi madre que apretaba su delantal negro mientras hacía mil recomendaciones y mis hermanos alentándome en la aventura. Estaban todos, menos él porque la noche anterior en una discusión acalorada decidió irse de casa. Dejar embarazada a una joven y no querer casarse, deshonoraba a las familias y el precio de no casarse era desaparecer. Me faltó estrechar su mano de hermano mayor. La mañana nublada traía los primeros fríos y enmarcaba perfectamente mi despedida. Afuera, los vecinos preparaban abrazos o manos levantadas para verme partir. El bulto en mi espalda era pequeño, el sueño grande.

En abril del mismo año desembarqué en Buenos Aires y en un tiempo llegué a Mendoza donde me esperaba para darme una mano, el gallego Espín, otro que probó suerte en esta tierra. El paisaje ayudaba a no extrañar tanto a mi Caravaca de la Cruz. Y Si bien no podía correr cuesta abajo por la calle de Los Ciruelos, ni percibir el aroma de los gazpachos o michirones que brotaban de las cocinas; el sol arrasador, los sembradíos y el cielo azul intenso la hacían parecida a mi ciudad natal.

El tiempo trajo un empleo y la adaptación no fue tan cruel porque me rodeaban murcianos, gallegos, catalanes y madrileños. Eran una patria chica, familiar y solidaria donde se podía dejar caer algún recuerdo o la nostalgia. Por suerte logré traer a mis hermanos y a mis padres tres años después. Sin embargo, nuestro Pepe no había vuelto a casa. Los rumores decían que embarcó a Marruecos. Fue duro para mis viejos el desarraigo, tan duro que creo que fue su principal causa de muerte sumada a esas enfermedades que llaman terminales. Siempre guardaron la esperanza de ver a su hijo. Cientos de mensajes y cartas fueron enviados sin destino y por supuesto no llegaron respuestas.

Con los años pude tener mi negocio, “Le Petit Progreso”, un bar y restorán situado en la esquina de Córdoba y San Juan en el corazón de la ciudad. Tenía dos murales muy grandes. En uno se representaba una noche estrellada en un parque, con damas elegantes paseando junto a un lago y jóvenes arrabaleros cortejándolas. En el otro un joven asombrado y con una gran sonrisa bajaba de un cielo estrellado por una gran escalera para insertarse en una ciudad llena de luces y negocios. Evidentemente allí estaba dibujado el pequeño progreso, el sueño anhelado de aquel joven que emigró buscando estar mejor.

La vida me trajo el amor, una hija, un techo propio de los cuales me sentí orgulloso. Solo faltaba saber de Pepe. Si algún conocido volvía a España, le decía: “Pregunta por José Martínez, el Pepe de Caravaca de la Cruz”. Siempre supe que era como buscar una aguja en un pajar. Se repetían con los años las navidades y el recuerdo. Ya habían pasado cincuenta años y la posibilidad de volverlo a ver se tornaba casi imposible. Pensé muchas veces en volver, ¿pero, a dónde? Mi lugar ya era aquí.

Un sábado, entró a mi negocio Juancito Fernández. Me miró sin hablar y los ojos se le llenaron de lágrimas. Me asusté, le ofrecí una silla y un vaso de agua. Cuando pudo me dijo: “Lo encontré”. Ahora era yo el que estaba sentado y me daban aire. Cabía un insulto de felicidad y no me lo guardé, por el contrario, lo grité a los vientos. Contó que habiendo visitado a sus parientes, uno de ellos le ofreció visitar Tenerife y para allá partieron. A la noche hicieron visita obligada a un bar nocturno, un cabaret y como ya se le había hecho costumbre, le preguntó al mozo: ¿Tu conoces a José Martínez? Y le contestó encogiendo los hombros: “Así se llama mi patrón”. Inmediatamente hablaron y ¡era él!, nuestro Pepe. Envío fotos de sus hijos, entre ellos del mayor que ya tenía cincuenta años. Y también traía un teléfono al cual podíamos llamarlo.

Así fue que por meses nos comunicamos todos los sábados. Él contaba sus historias en el norte de África, lo que extrañó, cómo maduró y volvió para ser padre de ese niño que hoy amaba por demás.

Al año, en 1976, un vuelo atravesó el océano para devolverme a mi hermano, a mi sangre y a mi historia.

